

20 cms

12-73-731



ANT
XIX
1271/2



RESPUESTA

DE UN SACERDOTE

CATÓLICO, APOSTÓLICO, ROMANO,

Á LA CARTA DIRIGIDA

Á LOS PRESBITEROS ESPAÑOLES

FOR

D. Antonio Aguayo, Presbitero.

Con licencia de la Autoridad eclesiástica.

SEVILLA.

FRANCISCO ALVAREZ Y C.^o, impresores de SS. AA. RR. y honorarios de Cámara de S. M.
Calle de Tetuan, número 25.

1865.

Qui sophisticè loquitur odibilis est.
D. Aug. De Doct. Christ. Lib. II. N. 46.

BAJO este título: *Carta á los Presbíteros Españoles*, se ha publicado recientemente un folleto para hacer la oposicion al Sumo Pontífice y al Episcopado Católico; y una parte de la prensa, conocida por su hostilidad á la Iglesia, ha reproducido y encomiado este escrito, el cual hasta hace pocos dias no ha venido á mis manos, porque yo no soy suscriptor á los diarios que en esta Capital le han publicado en sus columnas.

La *Carta á los Presbíteros Españoles* no se compuso para ellos; porque, aunque su autor manifiesta en ella toda la presuncion que ordinariamente acompaña á la ignorancia, no es de creer que llegue á tanto su vanidad que juzgue al respetable Clero español tan ignorante y estúpido, que acepte como verdades sus errores y como argumentos de algun valor sus sofismas. Por lo que es el Clero, no hay, pues, que temer peligro alguno de seduccion, si llega á sus manos la celebrada Carta; pero el Clero no puede dejarla sin respuesta, por dos consideraciones de mucho peso.

La primera es que, en ciertos casos, el que calla parece que consiente; y sería una mengua para el Clero de España que, ni por un momento, pudiera alguien sospechar que, por no tener razones que oponer á la *Carta*, ha guardado silencio acerca de ella. Es verdad que los hombres de buen sentido han juzgado ya que ese escrito no merece otra cosa

que desprecio; y, bajo este aspecto, el silencio del Clero, sería la mejor de todas las contestaciones á este folleto y á todos los elogios que de él hace la prensa revolucionaria. Pero no olvidemos que hay almas débiles en la fé, que hay una multitud de ignorantes, los cuales, aunque apenas saben ó conocen los rudimentos de nuestra santa religion, porque ó no aprendieron nunca bien ó han olvidado el *Catecismo*, leen los periódicos y se apacientan con esta y otras producciones análogas, que extraviando sus entendimientos, acaban por corromper sus corazones. Basta un poco de ejercicio del ministerio Eclesiástico, para ver y palpar las funestas consecuencias que, en las creencias y en las costumbres, anda produciendo esa clase de lecturas. Ya que no podemos apartar de ellas á los fieles, por lo menos precavámoslos, refutando algunos de los principales errores corrientes en el dia. Esta es la segunda consideracion, á que aludí arriba, al indicar que el Clero no debe dejar sin respuesta la pretendida y pretenciosa *Carta* que se le ha dirigido. Yo, sin arrogarme la representacion de mis compañeros en el Sacerdócio, y reconociendo que cualquiera de ellos podrá, con más ventaja que yo, impugnarla victoriosamente; voy, por mi parte, á demostrar que este escrito, tan aplaudido por la prensa revolucionaria, no es otra cosa que una produccion orgullosa, temeraria, escandalosa, errónea, promovedora del cisma, herética; y que, por todos estos motivos, debe considerársela como reprobada por la fé, por la Iglesia, por la razon y hasta por el sentido comun. Entrando en materia, voy á ocuparme de todas y cada una de estas proposiciones.

I.

LA CARTA Á LOS PRESBITEROS ESPAÑOLES ES HIJA DEL ORGULLO.

¿Quién es su autor? Se dice que es un sacerdote.

¿Qué títulos tiene este sacerdote para hablar á los demás sacerdotes? Ningunos. No los de autoridad, porque ni Dios, ni los hombres se la han dado sobre ellos. No los de ciencia, por-

que ¿qué ha hecho el Sr. Aguayo en su vida para ser conocido, para ser reputado por sábio? En su misma carta, la indigesta erudicion de que hace gala y el pésimo gusto literario de su estilo, en vez de recomendarle al Clero, no pueden menos que hacerle acreedor á la compasion y lástima de este respetable cuerpo. Desde la cita que sirve de epígrafe á la *Carta*, comienza errando el Sr. Aguayo; pues las palabras de S. Pablo, ni están en el capítulo y verso de la Epístola á los Romanos que él señala, ni fueron escritas por el Apóstol con relacion alguna á las materias que han querido tratarse en la *Carta*. «Incivil es,» dice una regla del derecho romano, esa *razon escrita*, como le llama Bossuet; «incivil es citar un texto, truncándole.» Si esto sucede, áun cuando lo que se cita no es más que una ley ¿qué será cuando se entresaca, como con pinzas, un texto sagrado, para aplicarle á materias enteramente ajenas, y tal vez contradictorias, á las que el escritor inspirado trataba cuando empleó aquellas palabras? Pues esto es lo que ha hecho el Sr. Aguayo. S. Pablo dijo, «que debiamos sacudir de nosotros el sueño,» no para que saliésemos á hacer la corte á la revolucion, ni para que abandonásemos la importante y vital cuestion de enseñanza, ni para que nos hiciésemos cómplices de los espoliadores de la Iglesia, ni para que nos rebelásemos contra los legítimos Pastores de ella; que es á lo que, en resúmen, nos excita la desdichada *Carta*. Al contrario S. Pablo, en el capítulo XIII (no en el XII como dice el Sr. Aguayo) de su Epístola á los Romanos, despues de haber inculcado la obediencia á las potestades, no sólo por temor sino por causa de conciencia, recuerda además á los cristianos los divinos mandamientos; y, para excitarlos á cumplirlos áun con más perfeccion, que al principio de su vocacion á la fé, les dice que sacudan el sueño, porque ya es hora. Justamente la mira, la única mira de S. Pablo, era afirmar el principio de autoridad, fomentar las buenas costumbres y promover la perfeccion evangélica, haciendo reinar en todas las almas la caridad; y el objeto de la Car-

ta que comienza y concluye con ese texto entresacado y trunco, es diametralmente contrario al pensamiento y al deseo del Apóstol. El escrito del Sr. Aguayo viene á sembrar la zizaña entre los varios órdenes del Clero, contra la exhortacion de S. Pablo á la caridad. Viene á predicar la rebelion, no sólo contra las potestades temporales, apoyando las infames rebeliones y traiciones que se han cometido para establecer eso que se ha dado en llamar *Reino de Italia*; sino lo que es todavía más abominable, más subversivo, más impío, el Sr. Aguayo pretende sublevar á los Presbíteros contra sus Obispos y contra el Papa. Dígase, despues de esto, si no es orgullosa la *Carta*. Lo es, porque pretende enseñar al Clero: lo es, porque falta á la cortesía, comenzando y concluyendo en una cita inexacta y trunca: lo es, porque decir un Presbítero á los demás Presbíteros: «Hermanos, ya es hora que sacudamos el sueño;» equivale á decirles: «Yo solo soy el despierto, yo el único que veo, que pienso, que discuro: vosotros sois unos perezosos, unos indolentes, unos estúpidos:» lo es, en fin, porque como no es nueva, sino muy antigua, la pretension de arruinar á la Iglesia, introduciendo la division entre los diversas órdenes del Clero y especialmente excitándole á sublevarse contra el Romano Pontífice; pretension que se ha estrellado en el buen sentido de la inmensa mayoría del Sacerdocio Católico; el Sr. Aguayo, al renovar esta misma pretension, se muestra tan *orgullosa*, que se cree capaz de conseguir él, él oscuro, desconocido y aislado Presbítero, lo que no han conseguido ni conseguirán otros sacerdotes ni otros Obispos, mucho más ilustres que él, respetables por su ciencia, temibles por su talento y aún recomendables por los servicios que habian prestado á Iglesia.

¡Pobre Sr. Aguayo! Unido á la Iglesia, sumiso al Papa, obediente á su Prelado diocesano, y acorde con sus compañeros en el ministerio eclesiástico, podria hacer algo, pudiera hacer mucho; porque un Sacerdote, si es buen Sacerdote, está llamado y tiene el poder de hacer un bien incal-

culable, aunque sea ignorado. Pero, separado de los demás Sacerdotes por el escándalo de sus opiniones, rebelado contra la legítima autoridad de la Iglesia ¿qué hará? Desde Tertuliano hasta Lamennais, desde Focio hasta Gregoire, hemos visto que todo Sacerdote, todo Obispo, que se separa de Roma, no sólo en puntos de fé y de moral, sino áun en los de régimen y disciplina, por mucho bien que haya hecho antes, por grande y justa que fuera la fama que habia adquirido, se esteriliza para el bien y pierde su influencia y su reputacion, quedando reducido á una vergonzosa impotencia, ó condenado á no tener otra gloria, que la triste y funesta gloria de hacer el mal. ¡Justo y merecido castigo del orgullo!

II.

LA CARTA Á LOS PRESBITEROS ESPAÑOLES ES TEMERARIA.

Donde está Pedro, esto es, el Papa, ahí está la Iglesia, ha dicho S. Ambrosio.

Roma ha hablado, decia S. Agustin, la cuestion es concluida.

De consiguiente, es una temeridad arrogarse el derecho de juzgar una cuestion, cuando el juicio de ella corresponde á la Iglesia. Es una temeridad mayor pretender pronunciar sobre cualquiera cuestion un juicio distinto; y más todavía, un juicio contrario al de la Iglesia. En la *Carta á los Presbíteros españoles* se han cometido todas estas temeridades.

1.^a La Iglesia, solemnemente reunida en el Concilio de Trento, juzgó que aquella revolucion religiosa, que ha tomado falsamente el título de *Reforma*, es ilógica, ilegítima, subversiva, herética y en todos conceptos funesta á la humanidad y contraria á la honra y gloria de Dios. El Sr. Aguayo ha pretendido juzgar lo contrario, acerca de esa rebelion religiosa, llamándola simplemente *reforma*, como si en realidad lo fuera; y, lo que es más, asegurando que *ella tuvo principio en el interno sentimiento de la conciencia*. ¡Ah, Sr. Aguayo! Si os oyeran los Láinez, los Salmeron y los Melchor Cano, dignos representantes en Trento de la hidalguía castellana y orácu-

los de aquella sagrada asamblea ¿tendrian para vos otra cosa que una triste mirada de lástima al oiros hablar así de la *pretendida reforma*? Si leyera vuestra *Carta* el despreocupado Erasmo ¿no soltaria la carcajada al ver que sois tan *cándido*, que calificais por hijo del *sentimiento de la conciencia*, el producto de la lascivia de un fraile apóstata y de otros muchos dignos sócios é imitadores suyos? «La *reforma* y la comedia, decia el pensador de Rotterdam, se parecen en que ambas terminan en casamiento.» Primera temeridad de la *Carta*.

2.^a La Iglesia, por el órgano del mismo Santo Concilio de Trento, ha declarado, no sólo que ella tiene el derecho de poseer bienes, sino que es sacrilegio, digno de anatema, el despojarla de ellos. El Sr. Aguayo, no sólo se arroga el derecho de abrir este juicio fenecido, sino el de revocarle, como se ve en lo que ha dicho bajo el título de *Reconocimiento del Reino de Italia*. Mas no pára en esto la temeridad de la *Carta*. Con el objeto de hacer odioso al Papa y con él á los Obispos y á todo el Clero, no sólo del tiempo actual, sino tambien de los siglos anteriores, acumula, sin orden y sin método, textos tomados acá y allá del Santo Evangelio; é interpretándolos, no sólo de distinto modo que la Iglesia, sino contra la Iglesia misma, de hecho viene á hacer lo que hacen los protestantes. ¿Por qué se habia de limitar la *Carta* á una declaracion pomposa en favor de la *reforma*? Esta ha pretendido dar á cada individuo, aunque sea un sastre ó una lavandera, la facultad de interpretar la Biblia; y el Sr. Aguayo, sin decirlo, ha hecho uso de esta *facultad*. *Se han equivocado* los Papas, que aceptaron y defendieron el poder temporal. *Se ha equivocado* toda la Iglesia, que ha declarado y definido su derecho á poseer bienes. Quien *no se ha equivocado* es el Sr. Aguayo, que piensa y dice lo contrario en su folleto. ¿Puede darse mayor, más absurda, más ridícula temeridad que la de la *Carta*?

3.^a La Iglesia, Esposa de Jesucristo, ha defendido y ejercitado siempre su derecho de enseñar á las gentes, y princi-

palmente á los niños, que tan especial y cariñosamente fueron amados por el Divino Redentor. En consecuencia, la Iglesia en ninguna parte ha descuidado ni descuida el ramo de la enseñanza. El Sr. Aguayo, pillando á diestra y siniestra, probablemente no en los originales, uno ú otro texto de los Santos Padres y Doctores, del todo inconducentes para el objeto, se propone tratar la cuestion de enseñanza; y, aunque no en una forma concreta, porque no ha tenido ni siquiera habilidad ó valor para ello, viene á indicar en términos oscuros y vagos al Clero español, que se abstenga de secundar los esfuerzos hechos por los Obispos, para que no se dé á la juventud, una enseñanza anti-católica, en las Universidades del Reino. Esto envuelve una censura contra la Santa Sede, que en el Concordato con España, y en todos los Concordatos que está haciendo con las Repúblicas hispano-americanas, exige que se inserte un artículo en que se garantice la fé y la moral de la juventud, comprometiéndose los gobiernos á impedir que se enseñe en los establecimientos literarios ninguna cosa contraria al dogma ó que tienda á corromper las costumbres. Esto es condenar la actitud, que no sólo en España, sino en Francia, en Inglaterra, en Irlanda y áun en los Estados-Unidos, ha tomado y toma el Episcopado, secundado por todo el Clero, cuando se ha tratado ó se trata la cuestion de enseñanza. Los Obispos y el Clero de Francia, desafiando la animadversion del poder y las burlas é iras de los impíos, combatieron la corrupcion de la enseñanza en los Colegios del Estado. En Irlanda, se opuso el Clero al establecimiento de los que gráficamente eran llamados *Godless Colleges*, (Colegios *ateos*) porque estaban montados sobre el principio, al parecer *liberal*, de que no se enseñaria en ellos *ninguna religion*, para que no dijeran los católicos, si los profesores eran protestantes, que á sus hijos se les enseñaba el protestantismo; y, si los profesores eran católicos, para que no dijeran los protestantes que á sus hijos se les enseñaba el Catolicismo. No enseñar ninguna religion, es hacer ateos:

enseñar errores contra la fé, es hacer herejes; y tanto á lo uno, como á lo otro, se opuso con razon el Clero irlandés. En los Estados Unidos, por la misma razon, el eminente Arzobispo Hughes pidió al Ayuntamiento de Nueva York, que, de los fondos municipales destinados á la instruccion pública, se diera á los católicos lo necesario, como que son contribuyentes, para sostener sus escuelas y colegios propios. En Inglaterra, hoy mismo, se agita la gran cuestion de educacion; y en ella tomará el Episcopado Católico la parte que le corresponde. Algunos católicos *despreocupados* pensaban dirigir á Roma una exposicion, pidiendo á la Sagrada Congregacion de *Propaganda Fide* que no condenase á los padres católicos, que enviasen sus hijos á educarse en las Universidades de Oxford y Cambridge. Es de advertir que esas Universidades, aunque protestantes, no son ni superficiales, ni materialistas, ni ateas. Al contrario, las ciencias humanas y las bellas letras se enseñan en ellas de una manera sólida, formal, satisfactoria. No se niegan, antes se afirman en ellas, las verdades fundamentales de la religion, como la existencia de Dios, el misterio de la Trinidad, la Divinidad de Jesucristo, las penas y premios eternos etc. Más todavía; se vela por la pureza de las costumbres, en los profesores y en los alumnos. En una palabra, esas Universidades no son más que parcialmente hostiles al Catolicismo, y, en cierto sentido, la educacion que en ellas se dá es una especie de *Preparacion evangélica*, como lo prueba la conversion de doscientos ministros anglicanos y de muchos otros hombres distinguidos, educados en ellas, que recientemente se han hecho católicos. Con todo eso, no se permitirá á los católicos que envíen allá á sus hijos, porque es un mal, porque es un pecado, esponer al peligro de la seduccion las almas inexpertas de los jóvenes. El memorial citado, fracasó. Es decir, que el Clero hizo su deber; y nada más que su deber, porque ha de responder de esas almas á Dios que las crió, á Jesus que las redimió con su sangre preciosa.

sima. ¿Y el Sr. Aguayo querrá que en España, nacion exclusivamente católica, el Clero *alto y bajo* se cruce de brazos, dejando que se envenene á la juventud, con doctrinas más que heréticas, con doctrinas anti-sociales, con doctrinas ateas?

III.

LA CARTA Á LOS PRESBITEROS ESPAÑOLES ES ESCANDALOSA.

1.º Porque pretende operar una escision entre los Presbíteros españoles y sus legítimos Superiores.

2.º Porque contiene proposiciones y doctrinas verdaderamente escandalosas.

3.º Por el escándalo de pequeñuelos que causa, extraviando la opinion del pueblo incauto y excitándole al desprecio de sus espirituales Pastores.

La primera de estas aserciones se demuestra con la simple lectura de la *Carta*; y aún esa lectura es supérflua, pues basta saber *quién* dirige la carta, á *quiénes* y contra *quiénes* se dirige, para conocer su objeto subversivo y por consiguiente escandaloso. Un Presbítero, sin mision alguna, habla á los demás Presbíteros, contra lo que han pensado, dicho y hecho los Obispos y el Papa. ¿Qué otra cosa es todo esto sino un conato de *pronunciamento* en la Iglesia?

Varias son las proposiciones escandalosas de la *Carta*. Extractarémos algunas.

1.ª El Sr. Aguayo nos habla de *la imprescindible y eterna gradacion de la existencia universal*. Las palabras *existencia universal* huelen á panteísmo. La gradacion *eterna* de esa existencia universal es una herejía. Sólo Dios es *eterno* y en Dios no hay gradacion. *Gradacion* hay en las cosas criadas; pero las criaturas no son eternas. Herejía, si se quiso decir que en Dios hay *gradacion*. Herejía, si se pretendió indicar que en las criaturas hay una *gradacion eterna*. Opte el Sr. Aguayo por la explicacion que guste de sus palabras, que hemos copiado textualmente. De cualquier modo, aunque proceda de ignorancia, su proposicion es *escandalosa*.

2.^a No lo es menos la que á continuacion sienta diciendo: «Primero Dios, fuente y origen inmutable y eterno de todas las cosas: luego *la inteligencia*, soplo de su revelacion divina; despues el hombre, con todas sus manifestaciones, *regido por Dios y por la inteligencia.*» Esto es decir, más bien en nebuloso aleman, que en mal castellano, que entre Dios y el hombre hay una *inteligencia, soplo de la revelacion divina.* ¿Qué inteligencia es esta? Si el autor de la *Carta* es católico, como él dice, y si además es Sacerdote y no *desconoce* la teología, segun él mismo añade, debe saber que entre Dios y el hombre, no hay más *inteligencia* que el ángel. Pero el ángel *no es soplo de la revelacion divina;* y menos comparte con Dios, como se indica en este párrafo de la *Carta*, el régimen del hombre. El ángel es inferior, infinitamente inferior á Dios; y al desempeñar un ministerio cerca del hombre, no hace más que servir á Dios. Decir otra cosa, indicar como se hace en la *Carta*, que hay alguien asociado á Dios, como igual, para regir al hombre, es una verdadera herejía.

3.^a A renglon seguido el Sr. Aguayo dice que «en el oriente, el pueblo judío, *no tenia más leyes que sus tradiciones.*» Si el autor de la *Carta* supiera teología ó hubiese leído siquiera un Catecismo explicado, sabria que la *Escritura* se distingue de la *Tradicion.* Decir, en términos generales, que los judíos no tenian más que *tradiciones*, es indicar que no tenian *ley escrita;* y, de consiguiente, es rechazar una parte importantísima de la Sagrada Escritura, reconocida y mandada reconocer por canónica. ¿No es esto escandaloso?

4.^a El Sr. Aguayo, dice más adelante, en el aparte 3.^o del § III, «que la Roma pagana llevaba para agregarlos á sus *lares y penates* los dioses y mónstruos que sus legiones hallaban en los paises más remotos é incultos; y trataba de exterminar á sangre y fuego á los pacíficos adoradores de un Dios bueno, *que no exigía más templo que el hombre ni más santuario que el corazon.*» No entraremos en disputa con el autor de la *Carta* sobre su erudicion mitológica, aunque parece un

poco superficial, al decir que Roma agregaba los dioses extranjeros á sus Penates. Los agregaria á los dioses públicos. Los *Penates* eran los dioses domésticos, como se conoce por su mismo nombre, que derivaba de *Penus*, que significa el interior de la casa; ó de *Penes nos nati sunt*, como puede verse en el Diccionario de Moreri. Pero nosotros no queremos ser exigentes, sobre puntos de pura erudicion y gusto literario; y así pasaremos por lo que el Sr. Aguayo nos dice, sin necesidad alguna, sobre Lares y Penates, como hemos pasado y pasaremos al lado de su «Campana de media noche, que con leve toque anuncia la existencia y proximidad del incendio:» de «su ciencia tapada con fúnebre crespon;» y aún de «la blanca veste, con manchas de lodo,» que regala á lo que él llama *neo-catholicismo*. Todas estas deformidades literarias importan muy poco, al lado de los funestos errores religiosos que forman el fondo de la *Carta*. Decir, como en ella se dice terminantemente, que «el *Dios bueno*, autor del Cristianismo, no exigia más templo que el hombre, ni más santuario que el corazon» es cosa que podrá haberle parecido muy *poética* al Sr. Aguayo; pero en realidad eso no es más, católicamente hablando, que negar la *visibilidad* de la Iglesia é indicar que la predicacion del Evangelio no tuvo otro objeto que establecer el ateismo. Lo del *Dios bueno*, huele á la legua al *Dios de los hombres de bien*, invocado por los impíos; y es, cuando ménos, un galicismo. Lo de que Dios, autor del Cristianismo, no exigia *más templo que el hombre ni más santuario que el corazon*, es condenar la existencia de otros templos y santuarios; indicar que el Sacerdócio exterior es supérfluo; proscribir el culto público y aún el privado externo: es, en una palabra, destruir la *visibilidad* de la Iglesia. Si Dios no exige más templo que el hombre ¿para qué ha de haber templos en las ciudades? Si no debe haber más santuario que el corazon ¿para qué los Sacerdotes? Cada hombre será su propio Sacerdote y su propio templo. Si el único santuario es el corazon de ca-

da individuo, es claro que él estará ahí solo, porque los demás no pueden entrar en aquel lugar. A nadie obedecerá, de nadie aprenderá, estará aislado, habrá tantas religiones como individuos; ó, más bien dicho, no habrá ninguna religion, ni ménos moral alguna; porque en ese santuario del corazon, que frecuentemente no es sino trono de las pasiones, el hombre recibirá por oráculos las voces de esas mismas pasiones. ¡Y esto lo ha escrito un *Católico*, un *Sacerdote*, uno que pretende no *desconocer* la teología! ¿No es este el mayor de los escándalos?

5.^a Habiendo llegado á este extremo el autor de la *Carta*, parece inútil, para convencer á cualquier hombre imparcial y de buen sentido, de que ella es escandalosa, detenerse en ninguna otra proposicion. Sin embargo, apuntarémos todavía algunas. El Sr. Aguayo, al comenzar sus *ligeras* observaciones, sobre la enseñanza, la desamortizacion y el reconocimiento de Italia, se expresa en estos términos: «Acatando profundamente, *como debo*, la Encíclica de nuestro Santísimo Padre Pio IX, de 8 de Diciembre último.» Pero ese acatamiento *profundo*, no es más que un recuerdo del *Ave Rex Judæorum* de la impía soldadesca del Pretorio delante de Jesus, cuyo Vicario es Pio IX. Llámale *Padre* y *Padre Santísimo*, pero indica despues que ese Padre comun de los fieles, no es otra cosa más, que un ignorante, que no entiende los textos más claros del Evangelio: un orgulloso, que, llamándose *Siervo de los siervos de Dios*, no se somete á lo que este título importa: un hombre de dobléz, que habla como Papa, no lo que le dicta su conciencia de Papa, sino lo que exige su interés como rey; y un imbécil, *que obedece á ciertas influencias* ú obra *por error de entendimiento*. ¡Desgraciado señor Aguayo! No le recordarémos nosotros el castigo de aquel mal hijo de Noé, que descubrió la vergüenza de su Padre, aunque en realidad, su falta sea más odiosa, porque en nuestro amantísimo Padre Pio IX, ni él, ni nadie puede hallar cosa ninguna que reprehender. Pero, cuando vemos al calvinista Guizot, al liberal

Thiers, no sólo respetar y admirar al actual Sumo Pontífice, sino tomar su defensa noblemente, contra los enemigos del poder temporal; cuando observamos que los primeros hombres de Estado protestantes de la protestante Inglaterra, enemiga jurada y sistemática del Catolicismo, por preocupacion y por interés, llaman hasta *Venerable* á Pio IX; cuando áun el mismo *Court Journal* de Lóndres, dice que, entre los hombres perfectos, este augusto Pontífice es uno de los más perfectos; entonces—¿por qué no lo dirémos?—no es indignacion, es asco lo que en nosotros causa, ver cómo en la *Carta á los Presbíteros españoles* se pretende enseñar á Pio IX el Evangelio, se le echa en cara llamarse *Siervo de los siervos de Dios*, se le tacha de dobléz, se le califica de imbécil, y todo esto despues de haber protestado que *se le acatará profundamente como es debido*.

6.^a El Sr. Aguayo, con un aplomo verdaderamente temerario, sienta la proposicion siguiente: «El Romano Pontífice no puede *inventar* ningun dogma de fé.» Esto es injurioso á la Santa Sede. ¿Qué Papa ha inventado ningun dogma? ¿No es un insulto decir á un hombre de bien: *V. no puede robar?* Pero esto todavía es poco para el autor de la *Carta*. «*Solamente* posee (Su Santidad) el don de *infalibilidad*, inherente á su primada silla, en las interpretaciones relativas al dogma.» Dos errores en tres líneas. 1.^o Es error decir que el Papa solamente es infalible en cuanto al dogma; y 2.^o Es error más grave reducir esa infalibilidad, respecto al dogma, únicamente á la *interpretacion* de él. La interpretacion es auténtica, usual y doctrinal. La primera corresponde á la autoridad, la segunda consiste en la costumbre y la tercera la hacen los doctores. Decir vagamente que el Papa solo es infalible para *interpretar*, es, en cierto modo, equipararle á los simples doctores. El Papa define, esto es, decide, resuelve y fija los puntos que se han de creer; mientras que los doctores no hacen más que examinar, discutir y proponer su opinion. El Sr. Aguayo dice que él no

desconoce la teología. Pues yo voy á demostrarle que, sobre este punto, por *no conocer* lo que han dicho algunos de los teólogos de más nota, no sólo se ha hecho peor que los *galicanos*, sino que ha obrado más mal que los jansenistas. Dice él que la Silla Apostólica *solamente es infalible* en la interpretacion del dogma. Oigamos ahora á Lugo: «Los doctores comunmente declaran que el juicio de la Iglesia es cierto cuando impone una censura menor que la de herejía. Bañez dice que *es error*, ó cosa próxima al error, decir que la Iglesia puede errar en ese juicio. Maldero añade que sería *hereje* el que tal afirmacion hiciese pertinazmente: El Padre Luis Turriano dice que *es error* decir que el Sumo Pontífice puede errar en esas censuras. Yo tambien tengo eso por error ó cosa próxima al error; porque la infalible asistencia del Espíritu Santo, prometida á la Iglesia, me parece que *no está limitada solamente* á aquellos dogmas, que son propuestos y creidos por la Iglesia como de fé, sino que debe extenderse á todas aquellas cosas que los fieles están obligados á creer por precepto de la Iglesia.» (*De Fide* D. 20, N. 108 et 109). Viva considera tambien como *herético* negar que una proposicion merece infaliblemente la censura que sobre ella pronuncia la Iglesia (*De Thesibus damnatis Quæstio prodroma* N. 18). Pero el autor de la *Carta*, á más de *desconocer*, segun su propio neologismo, todas estas autoridades de la Teología Católica, se ha hecho peor que los *galicanos* y ha obrado más mal que los jansenistas. Los galicanos pretendian limitar la infalibilidad Pontificia á aquellas definiciones que fuesen aceptadas por el Episcopado. Las determinaciones del Papa sobre el poder temporal están aceptadas por todo el Episcopado católico sin excepcion; pero el Sr. Aguayo se subleva descaradamente contra ellas. ¿No es esto obrar *peor* que los galicanos? En cuanto á los jansenistas, no les haré yo, por lo menos á los principales de entre ellos, como Arnauld, Nicole y Pascal, la injuria de poner á su lado al autor de la *Carta á los Presbíteros españoles*, ni bajo el aspecto teológico, ni bajo

el filosófico y mucho menos bajo el literario. Extraviados como andaban los desgraciados solitarios de Port-Royal, por lo menos sabian lo que traian entre manos; y, siempre que quisieron hacer algo bueno, lo hicieron, porque eran capaces de ejecutarlo. En teología ahí está su *Perpetuidad de la fé*; en filosofía, su *Lógica*; y en cuanto á bellas letras, nada cito, porque nadie ignora que eran maestros en el arte de bien decir. En lo que se parecian al Sr. Aguayo, era en no querer someterse lisa y llanamente á la decision del Sumo Pontífice; y en que, admitiendo no sólo que el Papa podia condenar las célebres *Cinco proposiciones*, y áun confesando que ellas eran heréticas, negaban que se hallasen en el libro de Jansenio, alegando que la Iglesia no podia imponerles esta creencia *en su interior*, porque no se trataba de un punto de doctrina sino *de hecho*. Pero nótese que los jansenistas, los cuales, por su obstinacion en reconocer la infalibilidad del Papa respecto al *hecho*, fueron tenidos *por actuales hereges*; con todo eran mucho menos culpables que el autor de la *Carta á los Presbíteros españoles*, por varias razones. La primera es que aquellos tenian contra sí sólo al Papa y al Episcopado francés, y eso no en su totalidad, miéntras que este se rebela contra el Papa y contra el Episcopado de todo el mundo católico. La segunda que los Jansenistas no apelaron, como apela el Sr. Aguayo, al principio protestante del libre exámen; cosa que este hace cuando dice terminantemente: «Entre una opinion particular política ó filosófica del Romano Pontífice ó del Rey de Roma, y la que terminantemente consigna el Código salvador del humano linage, no es dudosa para mí, ni para ningun católico, la eleccion. *Ahí está el Evangelio: DECIDA quien dude.*» Este es protestantismo, puro protestantismo, y protestantismo de la peor especie. Es protestantismo, porque adrede y con aviesa intencion se califica de opinion política ó filosófica, lo que el Sumo Pontífice y los Obispos han decidido y resuelto sobre las cuestiones tratadas en la *Carta*; y aquí advertiré que su autor es tan desdichado en su arti-

ficio, que él mismo le destruye con sus propias manos. Si la cuestion es *política* ó *filosófica* ¿por qué apelais al Evangelio para *decidirla*, una vez que el Evangelio ni de filosofía ni de política trata? Si os valeis del Evangelio como de suprema autoridad en la materia, no puede menos de ser porque ella es, como en efecto es, *religiosa*. Pero es protestantismo puro pretender, como pretendéis, establecer en vuestra desdichada Carta que la *regla de fé* es la Escritura y no la autoridad de la Iglesia; y áun este protestantismo es de la peor especie, porque los protestantes mismos, cuando son un poco lógicos, reconocen la razon con que dijo S. Agustín: «No creería al Evangelio, si no fuera por la autoridad de la Iglesia.» A este propósito, he aquí lo que decia hace poco el Doctor Samuel Wilberforce, *Obispo anglicano de Oxford*, al clero protestante de Aylesbury: «No podriamos mantener la divina autoridad de la Escritura, si renunciásemos la divina autoridad de la Iglesia. Las dos cosas son absolutamente correlativas. En el sentido que en la Iglesia tiene esta palabra, no tenemos Biblia, si no tenemos Iglesia; porque la Iglesia es el testigo y custodio de la Biblia. La Iglesia fué y debe ser siempre antes de la Biblia.» Pero mientras que así reconoce la verdad y la proclama un *Obispo* protestante, sábio y reverenciado entre los suyos, uno de los más eminentes literatos de Inglaterra; hé aquí que un desconocido Presbítero español se nos viene diciendo: «De un lado está el Papa y, aunque yo lo calle, con él estan todos los Obispos del orbe católico; pero del otro lado estoy yo, *campana de media noche*, para negar lo que ellos afirman y sublevarme é incitar á la sublevacion contra lo que ellos resuelvan. *Ahi esta el Evangelio: DECIDA quien dude.*» Cayó la máscara. Pueblo español: sensato, hidalgo, católico pueblo, á quien el autor de la *Carta* injuria, no sólo suponiendo que optareis por él, sino áun añadiendo que *para ningun Católico* es dudosa eleccion. Lo que se os predica es el *protestantismo* más ilógico, absurdo é impio; porque si todo protestantismo, como lo anunció Bossuet y

como lo estamos viendo, conduce á la incredulidad y al ateismo, mucho más pronto debia haceros llegar á ese funesto término el protestantismo que se os propone en la *Carta á los Presbíteros españoles*. Hoy, como lo han dicho dos de las más altas autoridades en el mundo literario, Silvio Pellico en Italia y el Doctor Newman en Inglaterra, para los hombres de criterio no cabe medio entre ser católicos ó ateos. Todo el que pretende que dejéis de ser católicos—y dejareis de serlo desde que individualmente queráis DECIDIR contra la Iglesia—lo que quiere es haceros ateistas. Estoy seguro, sí, muy seguro, de cuál será vuestra eleccion; ó, mejor dicho, sé que ya habeis elegido y os mantendreis firmes en la resolucion adoptada, que es la de vivir y morir en comunion con el Santo Pontífice Romano, como verdaderos católicos, como dignos hijos de los héroes que, alentados por la fé, lanzaron de España á los moros, despues de una gigantesca lucha de siete siglos; de los que, despues de haber hecho ondear en las almenas de Granada la bandera de Castilla, gloriosa por sus victorias, pero más gloriosa porque se plegaba debajo de la Santa Cruz, fueron en alas de la misma fé, á llevar el Catolicismo al nuevo mundo, haciendo por el Catolicismo que en los dominios de su Soberano jamás se pusiera el sol.

7.^a Enumeradas ya tantas y tan escandalosas proposiciones, como las que hemos encontrado en la *Carta á los Presbíteros españoles*, todavía se halla en ella otra verdaderamente *impía*, que es la de querer prohijar la revolucion al Cristianismo. Que Camilo Desmoulins blasfemando llamase *sansculotte* á Ntro. Sr. Jesucristo, es cosa abominable; pero no extraña en aquel infame revolucionario. Que otros ilusos ó perversos hayan querido disfrazar sus intentos revolucionarios, con una máscara hipócrita, diciendo que el fundador de nuestra santa religion lo es de la democrácia, porque predicó la fraternidad y estableció la igualdad entre los hombres; es cosa que, si no debiera causar en nuestros pe-

chos indignacion, haria asomar la risa á nuestros lábios. Pero es mayor absurdo que un *Sacerdote*, y Sacerdote español, venga á enseñar que la revolucion es obra del Cristianismo; y que, erigiéndose en profeta, anuncie el triunfo irresistible y definitivo de esa misma revolucion. El Sr. Aguayo, despues de decir *heréticamente* que hay una *imprescindible y eterna* gradacion de la existencia universal, lo cual equivale á adoptar *el fatalismo* en lo *imprescindible*, la *eternidad* de la materia y su coexistencia con Dios desde el principio, pasa á indicar que el origen de la revolucion actual es un *procedimiento lógico*, dando como prueba de esto que el Cristianismo «*varió el rumbo de la ciencia; y que entonces las leyes, animadas del fluido benéfico de la verdad, empujaron blandamente las costumbres hácia horizontes lejanos, pero donde brillaba esplendoroso el astro de la justicia.*» Desde esta *penumbra*, expresion de la misma *Carta*, su autor se lanza, probablemente impulsado por aquel *fluido*, á buscar los consabidos *horizontes*, á través del protestantismo y del enciclopedismo; aunque, á decir verdad, es tan densa su *penumbra*, que ni siquiera sabe cuál fué la verdadera época del enciclopedismo. No importa; esto es que, sin más trabajo que el de poner dos párrafos, entre la aparicion del Cristianismo y la actual revolucion, llenándolos de *reforma* y de *filosofía*, el Sr. Aguayo, sin sobrepelliz ni estola por supuesto, se apresura á bautizar á la revolucion como hija legítima del Cristianismo. Hé aquí sus propias palabras: «Los pueblos modernos, *obedeciendo á la misma ley histórica* (la gradacion de la materia eterna), *siguiendo hilacion parecida* (ya, como que el fatalismo es *imprescindible*) *é impulsados por grandes necesidades* (como la de despojar á la Iglesia, luego á los nobles y despues á todo el que tenga camisa), *aspiran á realizar una IDEA* (Mazzinismo puro) **QUE LES HICIERA CONCEBIR EL CRISTIANISMO con sus principios absolutos.**» Antes de concluir su *Carta*, el Sr. Aguayo vuelve á decir terminantemente que «*esa revolucion* quizás emana del Cristianismo.» Este *quizás* en nada disminuye la culpabilidad

del Sr. Aguayo, porque antes ha dicho lo mismo en términos de absoluta afirmacion; pero, aunque no hubiera dicho más que ese *quizás*, él solo es una atroz calumnia al Cristianismo y un insulto sangriento á su Divino Autor. La revolucion, que como una harpía insaciable ha devorado el patrimonio de los pobres, tan amados de Ntro. Sr. Jesucristo, porque los bienes de la Iglesia son el patrimonio de los pobres: la revolucion, que cual Euménide, sedienta de sangre, ha degollado obispos, sacerdotes y vírgenes consagradas á Dios: la revolucion, que hizo morir en el destierro á Pio VI, que tuvo encarcelado á Pio VII, que amenazó á Gregorio XVI, que disparó contra Pio IX un tiro homicida, haciendo caer muerto en su mismo palacio al ilustre Prelado Palma: la revolucion de los horrores cometidos en el convento de S. Calisto y del asesinato de Rossi en la escalera del Palacio de la Cancellaria: la revolucion que, por boca de Garibaldi, llama *vampiro* al sacerdocio; y que, por medio de Mazzini, predica y practica la teoría del puñal; esta *revolucion*, Sr. Aguayo, nos dice V. que *quizás emana del cristianismo!!* ¿Y dice V. que es católico? ¿Y es V. Sacerdote? ¿Y se atreve V. á dirigir estas expresiones á todos los Presbíteros españoles? ¿Y nos ruega V. por Ntro. Sr. Jesucristo que meditemos profundamente esta y sus demás consideraciones? ¿Y añade V.: «¡Quiera Dios que no sean desatendidas por mis hermanos, y que por todas partes se reconozca el buen deseo que las inspira?» *¿Ubinam gentium sumus?* ¿Nos toma V. por hotentotes? ¿Qué idea tiene V. formada de los Presbíteros españoles?

8.^a Nunca se repetirá demasiado que «no hay cosa más atrevida que la ignorancia.» Como el autor de la *Carta*, no sólo ignora lo que son las cosas de que trata, sino que tampoco conoce á los Presbíteros á quienes se dirige, los ha creído capaces de aceptar todos los errores teológicos que hasta aquí he señalado; pero, por si alguno no se sometía dócilmente á su *magisterio*, cuida de emplear, no la férula, sino una *bola inmensa de nieve*, que aumenta su velocidad y ta-

maño, á medida que adelanta, amenazando arrancar de cimiento los viejos edificios de nuestra sociedad y aplastar con el peso de su indignacion (*¡indignacion de una bola de nieve!*) los obstáculos, tanto tradicionales como de momento, que salgan á su camino, para *insensatamente* oponerse á su inevitable marcha.» Sr. Aguayo, guarde V. sus *bolas* para los chiquillos, que no hayan visto otro mar que el del Retiro y que piensen que en el mundo no hay más montaña que la del Príncipe Pio. Muy probable es que V. no conozca otra; pero, aunque la conozca, de seguro que no ha puesto V. jamás sus pies en los Alpes ni en la Suiza, que es donde se verifican esos desprendimientos de nieve (nieve que, con todo, *no se indigna*) que se llaman en francés *avalanches* y que, tomados por V. de alguna novela traducida *en gabacho*, forman en su Carta *la bola que aumenta, adelanta, amenaza, arranca y aplasta*. ¡Pobre Sr. Aguayo! ¿Quiere V. hacer el coco á los Presbíteros españoles como á los niños? Pues yo soy español y soy Presbítero; y yo, que he estado muy cerca del pico Obiou, altura de los Alpes, desde donde se descubre el Mediterráneo; yo, que he atravesado la cordillera de los Andes, en medio de nieves perpétuas; yo, sépalo V., me rio de su *bola inmensa*. É indígnese V., si quiere, como dice que *se indigna la nieve de su bola*; yo me rio tambien de la *revolucion aplastadora* de que V. nos habla. ¿Quiere V. saber por qué me rio? Pues es, porque siempre he visto verificarse con la revolucion, hija de Satanás, lo que de este mal espíritu dicen dos españoles que tenian la cabeza y el corazón muy bien organizados. Cervantes llamaba al diablo *grandísimo bellaco*; y S. Ignacio de Loyola dice que Satanás es como las *malas mujeres*, que insultan y provocan á los hombres. Si estos se olvidan de que son hombres, si se muestran cobardes, aquellas se hacen más insolentes, los hieren, los vilipendian; pero, si las presentan una cara severa, si las muestran los puños, se amansan, se abaten, huyen. Pues esta es la revolucion. Amenaza *aplstar*, como V. dice; pero

es *aplastada*, en cuanto hay *un hombre* que se propone *aplastarla*. ¿Sabe V. quiénes eran Monk, Bonaparte, y Cavaignac? Monk, general oscuro, *aplastó* á la revolucion inglesa; aquella fiera y sombría revolucion personificada en Cromwell, mónstruo que tuvo el honor de ser retratado por Bossuet en la Oracion fúnebre de la Reina Enriqueta. Bonaparte no era todavía, ni con mucho, el Napoleon de la Historia, cuando *aplastó* á la primera revolucion francesa. Cavaignac, militar mediano y político menos que mediano, *aplastó* á la revolucion de 1848, en París y en toda la Francia. Luis Napoleon, que acabó de *aplastarla*, que la tiene tan *aplastada* que ella no se atreve á hacer nada sin su licencia, es Napoleon el *Pequeño* de Victor Hugo; es el *calavera* de Strasburgo y de Bologne. Aquí mismo, en España ¿no han *aplastado* á la revolucion Narvaez y O'Donnell, cuando se han acordado de que son hombres? ¿No la *aplastó* en 1848 un Borbon en Nápoles? ¿No la *ha aplastado* parcialmente el mismo Victor Manuel, en la persona de Garibaldi, por medio de Pallavicini, en Aspromonte? Si vamos á ver lo que pasa más allá de los mares, la inmensa mayoría de los americanos nos dirá que viven envueltos en la revolucion, porque *no tienen un hombre*; que, cuando le han tenido, basta que este hombre lo quiera, para que la revolucion quede *aplastada*. República hispano-americana conozco yo, donde la revolucion, enseñoreada de todo, habia privado de obispos á las diócesis, destruido los conventos, impedido las ordenaciones, despojado á la Iglesia, abolido dias festivos, decretado el divorcio y establecido el matrimonio civil. Más aún: habia logrado la complicidad de algunos malos sacerdotes, uno de los cuales decia «que él no tenia la culpa de que le hubiesen bautizado.» Pues bien; tanto rodó la *bola*, Sr. Aguayo, que se levantó en el campo un indio, de 23 años de edad; el cual, para que V. vea lo que es su *bola*, no sabia leer ni escribir. Pero, se propuso *aplastar* á la revolucion, no bajo su zapato, porque era de los que andan descalzos; sino bajo una es-

pecie de cáliga, que en el país llaman *caite*. Y la aplastó tan completamente, que volvió á haber obispos, áun en mayor número que antes; y seminarios y conventos, no sólo de las Órdenes préviamente conocidas en aquel país, sino de ótras nuevas, como las de Jesuitas y Capuchinos. Y quedó tan *aplastada* allá *su bola* de V., que aquel *aplastador* mandó 25 años en la República; y acaba de morir en su cama pacíficamente, dejando el poder íntegro y respetado á su legítimo sucesor. Si V. me pregunta la razon de esto, yo le daré, no una, sino dos muy concluyentes. La primera es que lo que se supone popular en la revolucion, nada es menos que popular. El pueblo no sólo tiene, en lo general, buen corazon, apesar de las flaquezas y miserias de la humanidad; sino que tiene tambien cierto buen sentido, liso y llano, sí, pero muy sólido y certero, que le hace conocer que la mayor parte de los que le ofrecen libertad y dicha, no intentan otra cosa, que emplear este recurso para elevarse al poder y despues explotar al mismo pueblo. La segunda es que la revolucion, como obra é instrumento de Satanás, por más que haga, no puede en definitiva prevalecer contra Dios y contra su Cristo. Por eso hemos visto que la *revolucion*, en vez de *adelantar y aumentar*, como dice V., no ha hecho ni hace otra cosa que *retroceder y disminuir*. ¿Quiere V. tambien pruebas de esta verdad? Pues al canto. La *revolucion*, segun V. mismo, es tan antigua como el mundo; y aún se queda V. corto, porque, antes de que este globo existiera, ya se habia *pronunciado* Luzbel contra Dios en el Cielo. Desde entonces, vea V. cómo la *bola*, en vez de *aumentar*, disminuye. Ocupaba ella todo el mundo culto por el politeismo; viene el Cristianismo y le arroja de él. Se rehace por medio de Arrio, favorecido por el poder civil, hasta el punto de poder decir un Santo Padre que el mundo se asombró un dia al encontrarse arriano; pero eso no dura: la *bola* se derrite y el mundo vuelve á ser católico. En los siglos siguientes, la *bola* no aumenta. En el XVI Lutero y Enrique VIII la hacen rodar, ya sa-

bemos por qué y para qué; pero apenas pasa un poco de tiempo, la *bola* tiene que ceder otra vez el terreno; y lo que ella habia *aplastado* momentáneamente, renace con más vigor. Vaya V. si no á ver lo que pasa en Alemania y, especialmente, en Inglaterra. Los Constituyentes de 89, los Convencionales, los Quinientos y sobre todo Napoleon I, pasean la *bola* por todas partes y con tanto éxito al parecer, que con más razon que en tiempo de los arrianos, pudo decirse que el mundo era *revolucionario*. ¿Qué sucedió? Los primeros agitadores de la *bola* cayeron aplastados por ella misma en la fosa inno-ble abierta no lejos de la guillotina; y el último de ellos, el *revolucionario coronado y de genio, aplastado tambien*, va á morir tristemente en Santa Elena, proclamando la divinidad de Jesucristo, consolado y absuelto por los Sacerdotes que le enviára el mismo Papa, á quien habia abrevado de amargura. Unos cuantos doctrinarios creen en 1830 poder continuar *el juego de la bola*; y, en los primeros dias de su triunfo, se derriban las cruces, es asaltado el palacio arzobispal de Paris y la *bola* amenaza *aplastarlo* todo. ¿Quiénes fueron los *aplastados* en definitiva? Los *aplastadores* de entonces. La Iglesia Católica era mucho más fuerte, vigorosa y fecunda en Francia bajo Luis Felipe, que antes de la caida de los antiguos Borbones; y á la caida de Luis Felipe quedó más libre y es más temida, que antes. Y eso se ha conseguido, Sr. Aguayo, no transigiendo el Clero con la revolucion, sino combatiéndola bajo la inmediata direccion de sus Obispos: combatiéndola en la cuestion de enseñanza, durante la monarquía de Julio, que era declaradamente hostil en esta materia al Clero y favorable á la revolucion; y combatiéndola bajo el nuevo imperio en la cuestion de Italia, apesar de saberse que la *monarquía* de Victor Manuel es obra de Napoleon III.

9.^a Voy á señalar otro error contenido en la *Carta á los Presbíteros españoles*, que será el último de que me ocupe; aunque, si quisiera detenerme más en ella y no temiese molestar á los lectores, es probable que hallaria otros muchos.

Este error, cometido á sabiendas y presentado con cierto artificio, contiene dos partes: 1.^a supone que hay en España un partido católico; y 2.^a quiere dar á entender que en la cuestion de enseñanza, de desamortizacion y de reconocimiento de Italia, está de por medio el interés de ese partido, por lo cual el Clero debe ver esas cuestiones de un modo distinto y áun contrario á la manera de verlas de ese partido. Que haya ó no haya en España un partido católico, es cosa que no nos importa; y toda la declamacion del Sr. Aguayo contra él, además de estar plagada de mal gusto literario, adolece de personalidades indignas de un Ministro del santuario. Si es por arrogarse el título de católicos, buen cuidado tuvo el Presidente del actual Ministerio de decir ante las Córtes, en cuanto subió al poder, que él y sus colegas eran *católicos*; cuando á pocos dias habló uno de ellos del Catolicismo en el Congreso *tan católicamente*, como toda España sabe; y cuando ya tenia resuelto ese Gabinete reconocer el despojo sacrílego del Padre Santo y apretar la mano á un rey excomulgado. El que tiene de vidrio su tejado, no debe tirar piedras al del vecino; y el que lleva una viga en el ojo, se pone en ridículo si moteja al que tiene en el suyo una paja. Pero, repito, esta no es la cuestion. ¿Quién creó la cuestion de Italia? Si hubiera sido ese supuesto partido, pudiera sospecharse que lo habia hecho de intento, para proporcionarse un terreno ventajoso en que luchar; pero justamente á nadie le ha ocurrido pensar y menos decir que, los que el Sr. Aguayo llama *Neo-católicos*, crearon esa cuestion. Ella surgió precisamente contra la voluntad y los deseos de esos mismos hombres á quienes acusa el Sr. Aguayo. Victor Manuel, reo de la usurpacion, no es *Neo-católico*; ni lo es Napoleon III, sin cuyo apoyo aquel no se hubiera movido del Piamonte. Cometida la usurpacion, el Papa defendió su derecho, porque era su *deber* no sacrificarle, porque ha jurado transmitir íntegra la soberanía temporal á su sucesor; y entonces ¿quiénes han aplaudido, secundado, defendido y

auxiliado al Papa? Quisiera el Sr. Aguayo hacer creer que sólo un partido, ese partido á quien llena de denuetos; pero se necesita ser estúpido, más que estúpido, para creer semejante cosa. La demostracion es palmaria. Un partido es una agregacion parcial de individuos, que en un pais dado, con ideas comunes y por ciertos intereses, toman parte en la política del mismo pais. Pues bien: los que defienden al Papa, no son un partido, porque no están contenidos en un solo pais, ni tienen en lo demás ideas comunes, ni están regidos por uno solo ni áun por idénticos gobiernos, ni son unos mismos sus intereses, ni siquiera profesan una misma religion. ¡Raro partido, Sr. Aguayo, raro partido es el que defiende al Papa, el que vitupera á Victor Manuel, el que condena las injustificables demasías de la revolucion! Él se extiende por todo el mundo, está bajo la autoridad absoluta de Napoleon III en Francia, como bajo la autoridad republicana de los Estados-Unidos, de Chile, del Ecuador, de la América central, etc. etc. En la Prusia y en la Inglaterra protestantes, piensan sobre este punto lo mismo que en Austria y en Baviera católicas, no sólo los que son católicos, sino hasta algunos protestantes. Quiere V. hacer creer que los que defienden al Papa *tapan la ciencia con fúnebre crespon y ocultan la luz para que no se descubra su deformidad.* ¿Cuál deformidad? La de la luz, segun el culterano modo que V. tiene de escribir; mas, cuando vemos á un Leo en Alemania, á un Guizot en Francia, á un Disraeli en Inglaterra, que ni siquiera son católicos, pero que sí son sábios y hombres de Estado de primer orden, defender elocuentemente el poder temporal del Papa ¿no es una insensatez presentar esto como la obra de un partido oscurantista y retrógrado? ¿No es un insulto al buen sentido del respetable Clero español suponerle capaz de admitir semejantes absurdos? Villemain, que fué uno de los primeros en publicar un folleto contra la usurpacion de Victor Manuel; y Thiers, que ha defendido públicamente en el Cuerpo legislativo de Francia el poder temporal del Papa ¿son tambien

para V., Sr. Aguayo, de los que *tapan la ciencia con fúnebre crespon y ocultan la luz para que no se descubra su deformidad?*

Basta de errores. Los de la *Carta á los Presbíteros españoles*, no pueden hacer á estos ningun daño. Solamente suponer semejante cosa, sería agraviar la ilustracion y sensatez del Clero. Pero sí pueden producir y de hecho han producido mucho escándalo de pequeñuelos, esto es, han extrañado la opinion de una parte del vulgo; y vulgo hay, decia Iriarte, entre los mismos que pretenden pasar por instruidos. Desgraciadamente ese vulgo está dispuesto, muchas veces, á aceptar lo que no comprende. Esto es, cabalmente, el *credo quia absurdum* de Tertuliano. Lo mismo sucede en materia de estilo, particularmente en la época actual. Si hubiese en España hoy un Hermosilla ó un Moratin, lo mejor que pudiera hacerse con un folleto como la *Carta á los Presbíteros españoles*, era entregársela, para que, analizándola literariamente, hiciesen desternillar de risa á los lectores. Entre tanto, lo dicho en este capítulo, espero que preservará á muchos hombres honrados, pero incautos, de los errores de que está plagado el folleto de cuya refutacion me ocupó.

IV.

LA CARTA Á LOS PRESBITEROS ESPAÑOLES ES HERÉTICA.

1.º Porque ataca la *unidad* de Dios, diciendo que, entre Dios y el hombre, hay una *inteligencia, soplo de la revelacion divina*, que á la par de Dios rige al hombre. Esto es establecer el *dualismo*.

2.º Porque establecer el *dualismo*, es atacar la *existencia* de Dios. Si Dios no es uno, no es *perfecto*; y si no es perfecto, no existe.

3.º Porque ataca la *visibilidad* de la Iglesia, diciendo que «el Dios bueno (fundador del Cristianismo) no exigia más templo que el hombre, ni más santuario que el corazon.» Si no ha de haber más templo que el hombre, derribense ó véndanse los templos materiales: si basta el santuario del

corazon, el sacerdocio es inútil: si el hombre es su único templo, tambien será su único Sacerdote. De consiguiente no habrá culto externo, ni símbolo comun, ni altar, ni sacrificio. En una palabra, no habrá religion. Esto se desprende de la doctrina del Sr. Aguayo. La de S. Pablo, es diametralmente opuesta. Segun el Apóstol «sin fé es imposible agradecer á Dios» (Ad Rom. XI, 6); pero no puede haber fé, si no se predica; ni puede haber predicacion, sin Sacerdotes que la hagan, sin Obispos que los envíen (Ibid. X, 43, 44, 45, 47). Dios tuvo á bien, segun el mismo S. Pablo, «salvar á los creyentes por la *locura* de la predicacion» (I ad Cor. I, 21). El Señor habia anunciado por el Profeta (Malac. I, 11) que, desde el oriente del sol hasta su ocaso, se le ofreceria una ofrenda pura; lo cual supone la construccion de altares y de templos, como tambien un Sacerdocio. De hecho, los primeros fieles «que perseveraban en la oracion y en la fraccion del pan» (Act. II, 42), tenian por templo el Cenáculo. Los primitivos cristianos se reunian en las Catacumbas. Aún antes de darse la paz á la Iglesia, ya edificaron un templo los fieles á Dios, en Roma, que es el de *Sancta Maria in Transtiberim*. Todo esto, sin embargo, debe haber sido efecto de un error, si el Sr. Aguayo tiene razon; esto es, «si el Dios *bueno*, no exigia más templo que el hombre, ni más santuario que el corazon.»

4.º Es herética tambien la *Carta*, porque su autor, de una plumada, suprime todo el Antiguo Testamento. El Sr. Aguayo dice: «En el Oriente el *pueblo modelo* de la antigüedad (habla del judío, pero se expresa así, segun las reglas de la gerigonza moderna, para que mejor le entiendan sus *ilustrados* admiradores) *no tenia más leyes que sus tradiciones.*» Entre los mismos protestantes ha causado grande escándalo el Dr. Colenso, pretendido Obispo de Natal, porque ha atacado el Pentatéuco de Moises. Atacar á Moisés, es atacar á Nuestro Señor Jesucristo, que apoyó su mision divina sobre el testimonio de Moisés y de los Profetas: que declaró no haber venido á abrogar la ley *escrita* de Moisés, sino á perfeccionarla; (Math.



V, 17) y que honró á Moisés personalmente, conversando con él y con el profeta Elías en la cumbre de Tabor (Math. XVII, 3; Marc. IX, 3). S. Pedro declaraba que su divino Maestro era el anunciado por Moisés (Act. III, 2). Pero para el Sr. Aguayo no hay ni ley escrita, ni profecías escritas. Todas, segun él dice, eran *tradiciones* en el *pueblo modelo* de la antigüedad. De este modo el Cánón de la Sagrada Escritura queda mutilado en la *Carta á los Presbiteros españoles*, por mano de un Sacerdote que no *desconoce* la Teología; pero que *sí desconoce* de hecho que todo el Antiguo Testamento es parte integrante de la revelacion divina; atacando así una base de las más sólidas, en que descansa el edificio de la Religion cristiana, intentando destruir una prueba de las más evidentes, de su excelencia y de su divinidad.

5.^a Es herética tambien la *Carta* porque ataca la *existencia* de la Iglesia, al tratar de subvertir la gerarquía que el mismo Dios ha establecido en ella. No contento el Sr. Aguayo con coartar, á su antojo, la *infallibilidad* del Papa; no satisfecho con negársela, áun cuando el Episcopado todo acepte sus decisiones, *si estas no son relativas al dogma*; pretende crear una especie de *presbiterianismo* en la Iglesia, excitando á los Sacerdotes para que piensen, hablen y obren de distinta y áun de contraria manera que sus Prelados diocesanos y el Papa. Esto es ir directamente contra dos dogmas: primero «que el Espíritu Santo puso á los Obispos para regir la Iglesia de Dios» (Act. XX, 28); y segundo, que Nuestro Señor Jesucristo hizo á S. Pedro y á sus Sucesores vicarios suyos en la tierra y cabezas visibles de su Iglesia, encargándoles que apacentasen y confirmasen á sus hermanos en la fé, tanto obispos como fieles (Math. XVI, 18; Luc. XXII, 32; Joan XXI, 15, 16 etc. 17). ¿Por qué no apela el Sr. Aguayo á estos textos, ya que tan amigo se muestra de los textos? Curioso sería que los ignorase él, que no *desconoce* la Teología. Sin embargo, no es necesario ni áun apelar al Evangelio. Basta para decidir esta cuestion, saber el *Ca-*

tecismo, como se lo demostró el célebre Presbítero Emery al Emperador Napoleon I, en una ocasion solemne. Aquí se me permitirá hacer un extracto de la *Historia general de la Iglesia* por Benastel, continuada por Henrion, traducida al español é impresa en Madrid año 1834. Esto vale algo más que las *bolas de nieve* y suena más que *las campanas de media noche*. En su insensata querella con el Papa Pio VII, no pudiendo Napoleon superar el obstáculo del Pontificio *Non possumus*, en el cual se estrellarán siempre todos los impíos, resolvió, contando sin duda con algunos obispos cortesanos, hechuras suyas, reunir una comision eclesiástica para que apoyase sus inicuas pretensiones. Se hallaba en ella el Sr. Emery, Superior del Seminario de S. Sulpicio, Sacerdote de opiniones galicanas; pero hombre que tenia fé en el alma, valor en el pecho y meollo en la cabeza. El Emperador en una sesion de aparato, despues de haber tratado con desprecio á los obispos de la comision, se mostró violentísimo contra el Papa; y dirigiéndose á Emery, le dijo: «¿Qué pensais acerca de la autoridad del Pontífice?» Emery, viéndose directamente interpelado, «dirigió una *respetuosa mirada* á los obispos, como pidiendo disculpa de ser el primero en manifestar su opinion.» Esto dice el historiador, y yo añado, que esa mirada no sólo es una leccion, sino una reprension para el Sr. Aguayo, el cual no tiene los títulos que Emery para hablar; pero que aún cuando los tuviera, no deberia hablar *antes* que los obispos y menos *contra* lo que han hablado los obispos, no solo de España, sino de todo el mundo católico. Luego respondió el Superior de San Sulpicio: «Señor, sobre este particular yo no puedo tener más opinion que la contenida en el *Catecismo* que por vuestra orden se enseña en todas las iglesias; y segun el cual, á la pregunta de *¿Quién es el Papa?*, se contesta que es *la Cabeza de la Iglesia, el Vicario de Jesucristo, á quien todos los cristianos deben obedecer*. ¿Podrá, pues, un cuerpo pasar sin cabeza, sin aquel á quien de derecho divino *debe obedecer?*» Napoleon quedó sorprendido de esta contestacion y

vencido en aquel terreno, replicó despues de haber murmurado la palabra *Catecismo*: «Pues bien, yo no os disputo el »poder espiritual del Pontífice, supuesto que lo ha recibido »de Jesucristo; pero Jesucristo no le dió el poder temporal: »quien se lo dió fué Carlo-Magno; y yo, sucesor de Carlo-Mag- »no, *quiere* quitársele, porque *no sabe* usar de él, porque le »*impide* ejercer sus funciones espirituales. ¿Qué pensáis de »esto, Señor Emery?» «Señor, respondió el sabio y valeroso »Sacerdote: V. M. honra al gran Bossuet y se complace en ci- »tarle á menudo: yo no puedo tener otra opinion que la de »Bossuet, en su *Defensa de la declaracion del Clero*, que sostie- »ne expresamente que la independenciam y la plena libertad del »Jefe de la religion *son necesarias* para el libre ejercicio de »la supremacia espiritual en el órden establecido, en la »multiplicidad de los reinos y de los imperios. Citaré tex- »tualmente un pasaje, que tengo muy presente en la me- »moria. Bossuet se expresa en estos términos: «Sabemos »bien que los Pontífices Romanos y el Órden Sacerdotal han »recibido por concesion de los reyes, y poseen legitimamen- »te, bienes, derechos y principados, como los poseen los demás »hombres, con muy buen derecho. Sabemos que estas pose- »siones, como dedicadas á Dios, deben ser sagradas; y que, »**SIN COMETER SACRILEGIO**, nadie puede invadirlas, quitarlas, »ni darlas á los seglares. Se ha concedido á la Santa Sede la »soberanía de la ciudad de Roma y otras posesiones, á fin »de que, hallándose más libre y asegurada, ejerciese su poder »en todo el universo. Nosotros felicitamos por eso, no sola- »mente á la Sede Apostólica, sino tambien á la Iglesia uni- »versal, y con todos nuestros votos suplicamos que de todos »modos este sacro principado permanezca íntegro y salvo». (*Defensa de la Declaracion* lib. 1.º, sec. 10, cap. 16). «Napoleon, »continúa el historiador citado, despues de haber escuchado »con paciencia, tomó *dulcemente* la palabra y dijo: No *recuso* »la autoridad de Bossuet (la cual, entre paréntesis, no ha va- »lido nada para el Sr. Aguayo): todo eso era muy cierto en

»su tiempo, cuando reconociendo Europa varios dueños, no
»era conveniente que el Papa se hallase sujeto á un sobera-
»no particular; pero ¿qué inconveniente hay en la actualidad,
»en que el Papa ESTÉ SUJETO Á MÍ SOLO, no reconociendo la
»Europa otro dueño que YO?» Emery se vió algo embaraza-
»do, porque no queria contestar de un modo que lastima-
»se el orgullo individual. Contentóse con decir que podia ser
»que los inconvenientes previstos por Bossuet, no lo fuesen en
»el reinado de Napoleon ni en el de su sucesor; y luego
»añadió: «Pero, Señor, tan bien como yo sabeis la historia de
»las revoluciones: lo que hoy existe puede no existir siem-
»pre; y, por lo tanto, los inconvenientes previstos por Bos-
»suet, podrian volver á presentarse. No conviene alterar un
»orden tan sábiamente establecido.» (*Historia general de la
Iglesia*, tomo VIII, pag. 440).

El Sr. Aguayo debe meditar estas palabras. Ellas hacen ver que su designio, además de ser anti-católico, es anti-español y anti-patriótico. Anti-católico es porque, propagando doctrinas escandalosas, erróneas y heréticas, tiende á que se tolere la comision de una falta que Bossuet califica de SACRILEGIO. Anti-español y anti-patriótico es porque, en realidad, todo el mundo sabe que, entre España y los Bonapartes, puede haber paz, pero no amistad; y menos puede ser que la España se preste á que se consumen, con perjuicio de ella misma, las miras de los Napoleones. El actual Emperador de los franceses no hace misterio de que sus ideas son las de su tio; y, si este queria que el Papa estuviese sujeto A ÉL SOLO, como nos lo refiere un honrado magistrado francés, citando las palabras textuales de Napoleon I, lo mismo puede y debe temerse en la actualidad. Tambien es sabido que lo que se llama *Reino de Italia* es obra de Napoleon III; el cual manda lo mismo en el palacio Pitti, donde ahora se hospeda Victor Manuel, que en las Tullerías. De consiguiente, si, como lo quieren los que aplauden el reconocimiento de Italia, el Papa quedára hecho súbdito del rey de

Cerdeña, en realidad estaria sujeto al Emperador de los franceses. ¡Y hay españoles que contribuyan á que de este modo lleve á efecto el SOBRINO lo que en vano pretendió el TIO; aquel tio por la iniquidad del cual España tuvo una guerra de seis años, gloriosa sí, pero tambien costosísima! Más cuerdos y más prudentes los mismos ingleses, aunque protestantes, han cuidado y cuidan de garantizar la independencia del Papa. El célebre Pitt, durante la primera revolucion francesa, llegó á excitar al Sumo Pontífice para que expidiera una Bula, promoviendo una Cruzada, con el objeto de sofocar aquella infernal explosion. El ilustre Burke, lanzó contra el mónstruo revolucionario todos los rayos de su incomparable elocuencia. En estos mismos dias, el más distinguido orador de la Cámara de los Comunes, Mr. Disraeli, en la discusion sobre el proyecto de ley para la abolicion del Juramento de los católicos (*Catholic Oath's Bill*), declaró que si el partido conservador, del cual es él jefe en la Cámara popular, llega á ser gobierno, no verá con indiferencia la suerte del Poder temporal del Papa; porque, habiendo tantos católicos en los países sometidos á la corona británica, no conviene á la nacion que el Jefe espiritual de ellos, sea súbdito de otro soberano. Por la misma razon hemos visto, hace poco tiempo, al gabinete inglés presidido por Lord Palmerston, aunque *liberal* y especial amigo de los revolucionarios de Italia, ofrecer un asilo á Pio IX en Malta, para sustraerle de la influencia francesa, si el llamado *reino de Italia* se extendiese hasta Roma. Despues de esto, repito ¿no es anti-español, no es anti-patriótico, obrar ó escribir, secundando los planes napoleónicos? Y ¿qué se conseguirá con eso, ni áun individualmente?—Napoleon I, á quien Emery, diciéndole la verdad, hizo cambiar el tono de violento *en dulce*, fué saludado por el Emperador con aprecio. Algunos prelados cortesanos le indicaban que le excusase por viejo. «Os engañais, les contestó; yo no me he enfadado con Emery: ha hablado como un hombre que está *bien enterado* de un asunto: así

»es como me gusta que me hablen. El Sr. Emery no piensa
»como yo; pero aquí cada cual es libre para pensar como
»quiera.» En otra ocasion decia el Emperador: «Un hombre
»como Emery me haria hacer lo que él quisiera, y acaso más
»de lo que debería» (Hist. cit. tom. VIII, pág. 144). ¿Por qué,
pues, no hemos nosotros de hablar la verdad?

Al concluir esta seccion sobre las *herejías* contenidas en la *Carta á los Presbíteros españoles*, debo declarar que yo no tendré á su autor por *hereje*, sino en el caso de que, obstinándose en ellas, añada al error la pertinácia, que son las dos cosas que constituyen al hereje. Entre tanto, aunque él no sea hereje, si abandona sus errores; nosotros, los demás Presbíteros, no podemos menos de combatir esos errores, hasta exterminarlos, sin perjuicio alguno de la caridad, segun la sentencia de S. Agustin: *Diligite homines, interficite errores.*

V.

LA CARTA Á LOS PRESBÍTEROS ESPAÑOLES TIENE TENDENCIA AL CISMA.

1.º Porque, desde el principio hasta el fin de ella, su objeto es separar á los Presbíteros españoles de los Obispos y del Papa; indicando á aquellos que pueden pensar y obrar, en las cuestiones de que la *Carta* trata, de un modo diverso y aún contrario al juicio de sus legítimos pastores.

2.º Porque para el caso previsto y, gracias á Dios, realizado ya, de que Clero rechace las erróneas, subversivas y escandalosas doctrinas de la *Carta*, se apela al pueblo, concitándole á despreciar y á odiar al Papa, á los Obispos y á cuantos eclesiásticos no piensen como el Sr. Aguayo. — Al efecto, toma este un tono afectadamente humilde y verdaderamente insidioso, diciendo que es *pobre* como el pueblo; que está dispuesto á vivir de su trabajo ó de la caridad del pueblo; que nada le importa el enojo de los poderosos etc. Vamos por partes. Sabido es que la inmensa mayoría del Clero, tanto en España como en Francia y en los demás países, corresponde, por su nacimiento, á las clases populares; y que, por el empeño que ha habido en despojar á la Iglesia Cató-

lica en casi todas partes, el Clero es pobre; exceptuando la Inglaterra y la Irlanda, donde lo que se llama *Iglesia establecida*, esto es, *la hija del interno sentimiento de la conciencia*, de que nos habló el Sr. Aguayo, despues de haber usurpado el patrimonio de la Iglesia Católica, le defiende á capa y espada, amenazando hasta con las maldiciones del Cielo, al que la ataque en su posesion. Ahí es donde los pretendidos obispos y dignatarios nombrados por el Gobierno llenan sus faltriqueras de oro, mientras que los pobres se mueren de hambre por las calles. Pero en paises católicos ¿dónde no es pobre el Clero? Mala traza se ha dado, pues, el Sr. Aguayo, retratándose en su *Carta* como un *pobre*, para causar efecto entre los incautos. Respecto á la disposicion en que él asegura estar, de trabajar para vivir, la tendríamos por laudable si fuese verdadera; pero, áun siendo verdadera, ella no le daria razon para condenar al Clero, que usa del derecho que el mismo Dios le ha concedido, de exigir que le mantengan los fieles. S. Pablo cubria sus necesidades y las de sus colaboradores apostólicos, con el producto del humilde pero honroso oficio de manos que ejercia (Act. XX, 34); mas no por eso desconocia, antes bien expresamente afirmaba, que los ministros evangélicos tienen derecho á ser mantenidos por los fieles. En su primera epístola á Timóteo (V, 18) el Apóstol recuerda lo que dice la Escritura: «No atarás la boca al buey que vá trillando, y digno es de su jornal el que trabaja.» S. Pablo, no podia menos de enseñar que, sobre el derecho del Clero á su subsistencia, están de acuerdo el Antiguo y el Nuevo Testamento (Deuteronomio XXV, 4; Math. X, 10; Luc. X, 7). El Sr. Aguayo es libre, pues, para *trabajar*, si gusta, y el trabajo no le hará daño ciertamente; con tal de que trabaje, no sólo en cosas honestas y lícitas á los seglares, sino tambien permitidas á los clérigos. Pero, lo repetimos; dueño como es el Sr. Aguayo de tomar una azada para labrar el campo, ó de echarse á la espalda unas alforjas para mendigar el sustento, si le dejan los municipales (que sí le dejarán,

teniendo, como él tiene, tantos *admiradores* entre los que componen lo que se llama el *Cuarto poder del Estado*); no por eso, ni por esas, puede él pretender que el Clero renuncie á aquel derecho. El venerable Beda, que *conocia* más la teología que el autor de la *Carta á los Presbíteros españoles*, dice: «No se ha de juzgar que está mandado á los *Santos*, que no reserven nada, ya para su uso, ya para el de los pobres; puesto que el mismo Cristo Señor Nuestro, á quien servían de ministros los ángeles, sin embargo, para *enseñar* á su Iglesia, tenía una bolsa, segun leemos en el Evangelio; y *conservaba* lo que le daban los fieles, para emplearlo en las necesidades de los suyos y en las de otros indigentes.» (Lib. IV, Cap. 54 in Luc. 12.) Esto solo echa por tierra toda la declamacion del Sr. Aguayo, respecto á la posesion de bienes temporales por parte de la Iglesia. Por lo demás, para que se sepa cómo han pensado sobre esto áun los escritores ménos favorables á la Iglesia católica, hé aquí lo que dice el protestante Mosheim: «*Quítese al estado Eclesiástico sus rentas y prestigios, y se hundirá la religion, alzándose en su lugar el despotismo.*»

3.º Pero en donde más se descubre la tendencia del autor de la *Carta* hácia el cisma, es en las líneas siguientes, que copiamos al pié de la letra: «*La Iglesia griega, SIEMPRE en tan DICHOSO estado de pobreza, NO HA LAMENTADO los escándalos que han producido tantas herejías en la latina.*» Una de tres cosas ha de haber querido decirnos el Sr. Aguayo en esta cláusula: ó que en la *Iglesia griega* no ha habido *herejías*; ó que esas herejías no han producido *escándalos*; ó que habiendo habido en su seno herejías y escándalos, ella *no los ha lamentado*. Pues bien: 1.º en la *Iglesia griega* no sólo ha habido herejías, sino que en ella comenzaron las herejías; y las herejías más ruidosas y funestas, como las de Arrio, Nestorio, Eutiques, Leon Isaúrico, etc.: 2.º esas herejías, como todos saben, no solamente produjeron escándalos enormes, prolongados y desastrosos; sino que, en realidad, prepararon y aceleraron la caída del Bajo Imperio, atrayendo

sobre los hermosos países de Oriente la brutal dominacion de los mahometanos, cuyo Gran Señor es hoy el jefe de la *Iglesia griega* en Turquía; como es jefe de la misma Iglesia en Rusia el Autócrata, el cual la gobierna por medio del *Santo Sínodo*, cuyo presidente era un general de caballería: 3.º si, como dice el Sr. Aguayo, la *Iglesia griega* (¿por qué no dijo IGLESIA MODELO?) no ha lamentado esos escándalos, tanto peor para ella. Cuando el enfermo se queja, señal es de que aún queda vitalidad en él. Cuando ya no se queja, perseverando el mal, señal de muerte segura. Pero aún hay más: la *Iglesia griega*, con excepcion de las pequeñas secciones de ella unidas á la latina, está muerta, enteramente muerta y corrompida hasta la fetidez. Óigase lo que acerca de esto dice uno de los más concienzudos y eruditos viajeros, que han visitado el Oriente en nuestros días: «Los griegos son lo que eran en tiempo de Focio: tienen siempre el mismo espíritu, la misma ignorancia, la misma simonía. Para oprobio del nombre cristiano, este último delito les ha sido echado en cara, no hace mucho tiempo, en un firman del Gran Señor. De hoy en adelante, les dice, se usará de mayor circunspeccion en la eleccion de los ministros, alejando especialmente á los que tienen el cinismo de decir: Que pueda yo, ya que no otra cosa, gozar mi dignidad eclesiástica é indemnizarme de lo que me ha costado. Un dia que estaba yo de visita en casa de Monseñor Pompalier, manifestaba este celoso misionero las necesidades de su mision; y decia que la mayor falta que tenia era la de colaboradores. «¿Necesitais sacerdotes?» le respondió uno de los presentes; «pues hacedlos.» «Pero se necesitan muchos años.» «Nada de eso; adoptad el método griego.» Monseñor Pompalier, que al principio creyó que su interlocutor le hablaba sériamente, prosiguió preguntando: «¿Cuál es ese método?» «Vedlo aquí: tomad al primero que pase; por ejemplo, á un marinero. Si no sabe leer ni escribir, lo mismo dá; y, si tiene mujer é hijos, tanto mejor. Preguntadle si cree en Dios: eso basta. Dadle unas pocas piastras; y luego imponedle las ma-

nos. Esta es la manera de despachar el negocio.» Se me ha referido un hecho, del cual no fui testigo, pero cuya autenticidad se me ha garantizado. Hace poco tiempo que estaba anunciada la consagración de un obispo. Se había señalado el día, estaban hechas las invitaciones y hasta se adornó la iglesia; pero no se verificó la ceremonia. Preguntado el sacristán por la razón de esto, contestó: «Aquel bufon no sabía el *Credo*: ha sido necesario demorar *quince días* la consagración.» (Mislin *I Luoghi Santi*, vol. I Part. I Cap. IV.) Así se encuentra la Iglesia griega, cuyo estado de *pobreza es dichoso*, según dice el Sr. Aguayo. De seguro que el autor de la *Carta*, no ha estado en ningún país donde se halle establecida la *Iglesia griega*. Yo que he navegado con un Archimandrita ruso, cuyo lujo y afeminamiento chocaban á primera vista; y con el Patriarca cismático de Antioquía, que se trataba con bastante desahogo: yo que he visto los magníficos y costosísimos edificios religiosos, que para su clero griego cismático levanta la Rusia cerca de los muros de Jerusalén: yo que he contemplado la riqueza que despliega el clero griego en su coro, llamado por ellos el *Sancta Sanctorum*, el cual está situado frente al Santo Sepulcro; así como he examinado los preciosos adornos que ese mismo clero coloca en la parte del Monte Calvario, que está en su poder: yo que he visitado, además, sus célebres Monasterios de Santa Cruz y de S. Sábás en el desierto; no puedo menos de sonreirme, cuando veo que el autor de la *Carta á los Presbíteros españoles* nos viene asegurando que la *Iglesia griega SIEMPRE* ha estado en un *dichoso* estado de pobreza. Un periódico, *El Reino*, amigo del Sr. Aguayo, aludiendo á no sé qué misteriosa persecución que descubre contra este en la *penumbra del neo-catolicismo*, le llama «*valeroso presbítero*.» Tiene razón *El Reino*, aunque no en el sentido que el dá á esta palabra. Para escribir desatinos de tan grueso calibre, como los que la *Carta* contiene, respecto á la *pobreza* y la *dicha* de los griegos cismáticos, se necesita un *valor heroico*.

VI.

LA CARTA Á LOS PRESBITEROS ESPAÑOLES DEBE CONSIDERARSE COMO RE-
PROBADA POR LA FÉ, POR LA IGLESIA Y HASTA POR EL SENTIDO COMUN.

1.º Por la fé, pues contiene errores sustanciales contra ella.

2.º Por la Iglesia, cuya autoridad ataca y cuya gerarquía quiere subvertir.

3.º Por el sentido comun; porque le agravia en sus lectores, suponiéndolos capaces de aceptar, como verdades inconcusas, los muchos errores que contiene; y de admitir, como válidos y fuertes argumentos, sus débiles y ridículos sofismas.

He concluido; y, si el amor propio no me engaña, me parece que he logrado el fin que me propuse. Ahora sólo me resta invitar al Sr. Aguayo, contra quien no tengo ningún resentimiento personal, pues ni le conozco, ni á mí se me seguiría ningún daño material, aunque por él se quitasen todos bienes temporales á la Iglesia, para que retracte, cuanto antes, sus errores y repare el mal que ha hecho con la publicacion de su folleto. S. Agustin dice que es odioso el que habla sofisticamente; pero igualmente asegura el mismo Santo Doctor, que sólo de los réprobos no hay que esperar enmienda. Sentencia suya es tambien la siguiente: «El primer elogio, que de un hombre puede hacerse, es el de no haber tenido jamás ninguna opinion falsa; el segundo es, haber abandonado esa opinion, si la ha tenido» (*Cont. Crescon.*) Apresúrese el Sr. Aguayo á dar esta satisfaccion á la Santa Iglesia Católica, Apostólica, Romana, de la cual es ministro; y á este noble pais, que le vió nacer, cuyos sentimientos más delicados ha herido él, con su infortunada publicacion. Por lo demás, si se retracta, todos los Católicos, y especialmente los Sacerdotes, nos alegraremos de ello cordialmente; pero no, porque él rehuse retractarse, dejará de triunfar la verdad. «La verdad triunfará siempre, así del que la confiese, como del que la niegue.» (D. Aug. ad Pascent. 238.)—*Sevilla 25 de Agosto de 1865.*

JOSÉ ANTONIO ORTIZ URRUELA, *Presbitero.*